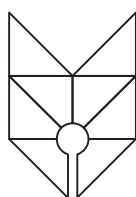


*El tiempo está
cambiando*

Nueva poesía española

Edición de Juan Marqués



FUNDACIÓN
**JOSÉ
MANUEL
LARA**

Vandalia

Vandalia, 121

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: septiembre, 2025

© de los poemas: María Martínez Bautista, Juan F. Rivero, Manuel Mata, Cristóbal Domínguez Durán, Claudia González Caparrós, Félix Moyano, Luis Bravo, Candela de las Heras, Adrián Fauro, Juan Ángel Asensio, Carlos Catena Cózar, Laura Ramos, Carmen Rotger, Laura Montes, Javier Fajarnés Durán, Óscar Díaz, Lola Tórtola, Rosa Berbel, Guillermo Marco Remón, Juan Gallego Benot, Rocío Acebal Doval, Laura Rodríguez Díaz, María Sánchez-Saorín, Juan de Salas, María de la Cruz, Aitana Monzón, Elisa Fernández Guzmán, 2025

© de la edición, la presentación y las notas: Juan Marqués, 2025

© Fundación José Manuel Lara, 2025

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: Miquel Ponce, *Todos los caminos, 1*

Fotografía de interiores: Cubiertas de algunos de los libros representados en la antología

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1310-2025

ISBN: 978-84-19132-65-9

Printed in Spain-Impreso en España

PRESENTACIÓN

JUAN MARQUÉS

Una fiesta es un triunfo del lenguaje.

ROSA BERBEL

1

Estoy totalmente persuadido de que en el amplio, alto y hondo territorio de la literatura no existe ningún destino más triste que el del antólogo, y jamás he deseado que caiga sobre mí tal etiqueta, ni desde luego tal tarea, que sé que siempre trae bastantes más disgustos que alegrías. Sin embargo, como escribió León Felipe, existen motivos serios para anhelar «pasar por todo una vez, / una vez sólo y ligero», y lo cierto es que en los últimos años he andado leyendo, primero por curiosidad y luego con verdadero interés, todo lo que puedo de aquello que van publicando los poetas españoles menores que yo (que ya van siendo más que quienes me superan en edad...), porque llegó un momento, no hace muchísimo, en el que reparé en que apenas había leído en serio a ninguno, a ninguna. Dado que además percibo que en buena medida es ésta una poesía a

la que se asiste un poco de reojo, con demasiada condescendencia (y desde algunos sitios con verdadero desprecio), y que es considerada por quienes apenas la merodean o bien demasiado simple o bien insondablemente demencial, un discurso vaciado, una forma literaria echada a perder..., me parece que no está de más intentar contribuir en lo poco que pueda a tratar de poner un poco de orden, algo que, en lo que respecta a esta generación, ya se ha intentado más de una vez de modos estimables.

Diría que a la poesía, en general, le sucede lo que al mismísimo universo: apenas hemos sondeado todavía ni un titubeante uno por ciento de sus dimensiones, de su casi infinita vastedad, de sus abrumadoras posibilidades. Y, reduciendo el *zoom* a lo bruto para fijarnos únicamente en lo que han hecho y hacen los poetas españoles nacidos en la década de los 90 y que escriben en lengua castellana, la cosa se aligera mucho, desde luego, pero la complejidad permanece. Son muchos y muchas, son muy diferentes entre sí y, digan lo que digan quienes no los leen, realmente han traído cosas nuevas y muy buenas, aferrados al maravilloso descubrimiento, relativamente reciente, de que absolutamente cualquier cosa puede hacerse poesía.

Ahora bien, que cualquier cosa pueda ser poesía no implica que cualquier cosa lo sea. Han circulado libros que, leídos sin dogmatismos y sin necesidad de aplicar ninguna perspectiva estéticamente conservadora, víctimas de sus propios saltos mortales (o de su completa nadería), no pueden ser validados como poéticos. Y no hablo de su calidad, sino de su naturaleza: un libro de poemas, por ejemplo, ya acepta maravillosamente bien la inclusión de materiales extra-poéticos (una noticia del periódico, un *e-mail* a una amiga, una ristra de mensajes de teléfono, dibujos, páginas de diarios íntimos ajenos, una esquila, los planos de un

edificio, la reproducción de discursos publicitarios...), pero si todo el libro está compuesto de ese tipo de textos (y por mucho que a veces éstos se dispongan en verso), puedes publicarlo en una colección de poesía o escribir «Poesía» tres o cuatro veces en la cubierta, pero esa conversión no se produce, no sucede así, afortunadamente no es tan fácil. En el arte contemporáneo, por ejemplo, tú colocas un melocotón en un pedestal, sin más, y lo pones en el centro de una galería, y, por aquello tan socorrido (y a menudo tan tramposo) de la descontextualización, el melocotón queda automáticamente investido como arte, y obliga a ser repensado, interpretado, basta esa escenificación para que el suceso artístico se cumpla. En la poesía esa alquimia no se da, o desde luego yo no la veo. Felizmente, la poesía todavía no es una imposición ni un capricho sino un acuerdo, un pacto entre todos o por lo menos entre muchos.

Dicho esto, lo que yo he encontrado en este esfuerzo por acopiar, leer y entender la poesía de los jóvenes es no sólo la vigencia y hasta la buena salud de un modo totalmente soberano y autoexigente de mantener vivo el fuego, sino un genuino y natural intento por actualizarlo. El fuego es eterno, ha de ser siempre reconocible por la tribu y sólo tiene sentido si da calor y luz, pero no ha de ser siempre igual ni venir en los mismos recipientes. El topicazo es exacto: el mejor modo de honrar la tradición y agradecer lo heredado no es emularlo sino conocerlo y prolongarlo. La lección de los clásicos es que no hay que imitarlos en las formas sino en la intención. No hay que escribir a lo Garcilaso, a lo san Juan de la Cruz, a lo Rubén Darío o a lo Alejandra Pizarnik: hay que hacer como ellos y, desde la propia verdad, cambiar las cosas levemente, llevarlas de la mano hacia el futuro.

Tengo una imagen: por razones laborales (o de vez en cuando por gusto) yo he de leer también muchas novelas

y bastantes ensayos y, salvo casos extraordinarios, lo que siento es que cada libro de prosa que leo se va añadiendo a una pila que, como tal, va elevándose paulatinamente, poco a poco, sin derrumbes. Con los poetas que me han gustado, que han sido muchos y muchas, no ha sucedido así. Muchos de los poemas que leo se acumulan también en torres, pero más bien siento que cada nuevo buen libro que llega no se coloca sobre los otros, sino a su lado, formando no una columna sino una especie de alfombra, ampliando las cosas, conquistando nuevos lugares, terreno ganado al mar, e inéditas formas de decir. Es ese tapiz de palabras destacables lo que me gustaría que pudiera atisbarse en este libro.

2

Yo nunca le digo que no a un libro de poemas. Los recibo todos con curiosidad, los leo con atención y los guardo casi siempre con cariño. Me gusta tenerlos cerca. Me hacen sentir acompañado no por la historia de la literatura, sino por algo así como la historia de la sensibilidad. Porque creo de corazón que la poesía, en el fondo, es siempre vanguardia: no es sólo lo que, en la vida, otorga un sentido posible a todo sino lo que, en la creación, lubrica las cosas para que avancen.

Se publican muchos libros buenos, de los que hacen que la poesía progrese y conquiste enclaves desconocidos, y, como crítico, me gusta escribir sobre ellos, habiendo tantos, y no sobre aquellos que dan igual o me han gustado poco. Sin embargo, lo cierto es que a veces el mejor modo para aplaudir lo sobresaliente es abordarlo un poco por el reverso, explicando no lo que es, porque lo excelente no se deja explicar con facilidad, sino lo que no es. De hecho,

mientras escribo esto me doy cuenta de que, cuanta más poesía leo, más torpe me siento para comentarla o para definirla: quiero decir que no sabría decir qué es la poesía, pero podría explayarme durante horas sobre lo que no es.

Si me preguntan por lo mejor de la poesía española joven, más que acertar a decir lo que ha conseguido tiendo a inventariar todo aquello con lo que más o menos ha acabado, o esos lastres que, por cuestiones biológicas, se han visto reducidos a lo suburbial, a lo minoritario. Aunque seguramente me engaño: un par de veces por curso me llaman para ocuparme en tareas de pre-jurado de premios, leyendo verdaderos aluviones de originales para proponer posibles finalistas, y ésa es una estupenda atalaya desde la que contemplar cómo están las cosas (quiero decir las cabezas) y comprobar lo que la gente sigue pensando que es la poesía. Asistiendo a ese espectáculo masivo, se ve bien que sigue predominando la confusión, la desesperación o, directamente, la enfermedad, así como posiciones poéticas que hubieran parecido erradicadas. Y sucede lo mismo cuando hablamos de esos premios específicamente dirigidos a menores de treinta y cinco años, edad que marca algo así como la barrera oficiosa de la juventud, el momento de la transición.

Sobre lo que no hay en *El tiempo está cambiando*, diría lo siguiente.

Cada vez más residuales, pero continúan vivos y con cierta tozuda energía un refitolerismo y un engolamiento de los que no parece que vayamos a poder librarnos pronto. Es una poesía, además, tan caudalosa en palabras como hueca en emoción o siquiera en información: más que una comunicación, es un monólogo estéril y machacón identificable desde el primer vistazo. Me refiero a ese tipo de poesía hecha como con una fotocopiadora, réplica siempre de sí misma, tediosa en lo que tiene de variante intermina-

ble de casi nada: esa poesía previsible y formularia ante la que ya te has dormido al llegar al tercer endecasílabo. Hay decenas de hombres y de mujeres, de chicas y de chicos, que siguen en ese empeño de ser poeta, lo cual es uno de los grandes obstáculos que existen para serlo. Yo creo que no hay que proponerse escribir poemas, ni sentarse con disciplina e ilusión para ello, sino esperar a que lleguen cuando quieran o cuando tenga que ser, porque de lo contrario hay un riesgo cierto de acabar escribiendo este tipo de versos, como sacados, insisto, de una sandwichera: totalmente impecables, sí, muchas veces perfectos, y casi siempre rotundamente insignificantes.

Cada vez se publica, me parece, menos poesía abúlica, menos anhedonia llevada a las palabras, ya sea en su variante de autocompasión, ya en la de postureo..., pero desdichadamente se sigue escribiendo mucha. Si sólo me permitiesen decir una cosa sobre esta antología que he organizado, diría que, ante todo, la prioridad ha sido la de que no se cuele nada parecido a «estoy mirando al techo / y no sé qué hacer / porque no sé quién soy» o al todavía más clásico «he pedido la cuarta o quinta copa y la camarera / me ha mirado mal»... Toda esa chatarra queda a un lado.

Tampoco me gusta la poesía que sobrevalora las epifanías, o que obsesivamente busca metáforas en todo, siempre vigilante, siempre en guardia, como esos que al amanecer barren las playas en busca de monedas. No sé. Hay dos tipos de fotógrafo: aquel vocacional y constante que siempre va por ahí con la cámara, por si acaso, preparado pero tranquilo, y aquel diletante que de vez en cuando se dice: «Me apetece salir a hacer fotos», y entonces se da un garbeo para ver qué encuentra y, tan predispuesto, cree hallar muchas cosas, aunque ninguna valga nada. Es otra de las consecuencias de eso que decía arriba sobre lo de

empeñarse, que Bergamín expresó de un modo mejor: en lo que respecta a la poesía, «no hay nada peor que lo hecho adrede». Y esto vale también para esa poesía pastosa basada en los enamoramientos fortuitos, que increíblemente también reaparece de vez en cuando, incluso entre poetas jovencísimos que han crecido ya con otros parámetros para gestionar esos deslumbramientos efímeros. Es maravilloso que de repente te fascine una azafata en un avión, o un chico en la biblioteca, e incluso es bueno que les escribas versos (sobre todo si ello contribuye a que no les abordes ni les molestes), pero no hace falta intentar publicarlos, que es un error que muchos hemos cometido. Tanto en la vida como en la literatura, es muy importante no ser un pesado.

y 3

Entonces, ¿qué es lo que hemos convocado y celebramos en *El tiempo está cambiando*? Agradezco mucho esa pregunta porque aquí empieza lo bueno, que, además, va a ser breve.

En esa alfombra de buenos libros de la que hablaba arriba hay poetas que recogen una claridad de siempre y la ponen al día en cuanto al «espíritu de los tiempos», lo cual no pasa sólo por el idioma sino sobre todo por temas que, por ejemplo en los casos de Carlos Catena Cózar o Rocío Acebal Doval, son de los que, con todas las comillas del mundo, podríamos considerar poesía social. Si Catena ha hablado con cierto desgarró de la obligación de irse a trabajar fuera de España o de las nuevas esclavitudes laborales, de cómo entregamos lo mejor de nuestro tiempo, de nuestra energía y hasta de nuestro mundo interior a empresas que nos pagan mal, Acebal Doval también ha hecho un poco la fotografía grupal de cómo «la generación mejor

formada de la historia de España», lema del que se abusó, se encontraba, tras tanta formación, tanta beca Erasmus y tanto máster caro en un verdadero limbo vital, sin los boyantes y felices horizontes que prometía tanto currículum.

Félix Moyano (o el que habla desde sus poemas) también se encuentra en alguna página buscando pisos por Idealista, asediado por la imposibilidad de encontrarlo o de poder llegar a él, pero si su poesía es asimilable a esta parte de la antología que, según veo, implica una actualización natural, no calculada, del cauce de la poesía testimonial, cernudiana (aquella en la que los poetas, para entendernos, traducen a verso su propia vida o lo que ven o lo que sienten o lo que les cuentan...), es porque al yo de sus versos se le ve también socialmente descolocado: Moyano, proponiéndoselo o no, ha escrito poemas en los que se refleja bien el estupor y a veces el letargo en el que se desenvuelve buena parte de este tramo de la población, con vidas aparentemente aceptables pero marcadas por una comprensible insatisfacción, habitantes permanentes de una sala de espera, instaladísimos ya en la inestabilidad. Todo esto, además, permite releer a los clásicos sin esa ironía estructural con la que lo hicieron o hacen los poetas de mi edad: si Catena Cózar, al acabar su jornada laboral, refuta a Jorge Manrique declarándose «consciente de que ningún tiempo pasado fue mejor», Moyano se pone quevedesco («Miré los muros blancos de mi casa / –patria con desconchones y humedades– / y no vi más allá de las paredes»...) para constatar el agobio. Porque «la generación mejor formada de la historia de España» es también, según otro lema recurrente, esa «generación que va a vivir peor que sus padres».

En muchos poemas de Moyano hay también visitas a la abuela, homenajes a familiares directos..., pero si hay

alguien en este libro que, desde el título del único suyo (*Herederas*), se hace consciente cargo de lo recibido, y del sufrimiento y esfuerzo de los predecesores, aplicando además una oportunísima mirada feminista, es María Sánchez-Saorín, que escribe una reivindicación o, mejor, una reparación, sin bajar el listón de lo poético (y reafirmando desde el principio como creadora de poemas, no inspiradora, sujeto creador y no objeto en versos ajenos, escultora y no escultura).

Lo de Rosa Berbel es algo distinto: aunque en los poemas inéditos que ha cedido a este libro pueden verse ciertas modificaciones formales respecto a lo que hizo en sus dos libros, es también de la parte «clásica», pero entendiendo que en su poesía hay muchos menos tics que en otras propuestas aparentemente mucho más audaces. Para mí lo que hace Berbel es el ideal: ser consciente de que se es un nuevo eslabón en una cadena infinita, pero a la vez tener clarísimo que eso implica necesariamente dar un paso más. Se trata de ser consciente de lo que se tiene detrás (y conocerlo, revisitarlo, estimarlo en la medida de lo posible...), pero mirando hacia delante, con los ojos puestos en lo que queda de un camino cuyo final, digan lo que digan, ni se ve ni se puede adivinar. En ese mismo camino la precede María Martínez Bautista o ya la sigue Elisa Fernández Guzmán, las poetisas que marcan las lindes de este libro, quienes asimismo saben muy bien que están en él (y uno, en su afán por darle cierta redondez al recorrido –por mucho que tenga que ser una redondez abstracta–, tiene la pequeña fantasía literaria de que el poema «Para Elisa» de Martínez Bautista, incluido aquí, es no sólo un poema precioso a otra persona sino algo así como el paso de un testigo a la última antologada).

Ahora bien, los caminos no sólo se alargan sino que se ensanchan y, como en la ciencia, cualquier conquista o

descubrimiento es ya irreversible, por mucho que pueda utilizarse para el mal. Si un poeta sabe encontrar o decir algo valioso, eso ya está ganado y conseguido, como los récords olímpicos, aunque después sigan décadas de marcas inferiores o directamente mediocres. Digo esto para pasar un poco de largo por el asunto relacionado con la poesía que más ha hecho hablar durante los últimos años, que es el de esa planísima «parapoesía» que de un tiempo a esta parte ha demostrado, por un lado, que la poesía (o algo semejante a ella) sí puede encontrar miles de lectores, y por otro, como consecuencia, que de los públicos amplios hay muy poco que esperar, y que lo que ha de hacer la poesía verdadera es lo de siempre: buscar el corazón de cada cual, desconfiar de las muchedumbres.

Cuando empezó toda esa moda, uno temió que los poetas harían lo mismo que algunas editoriales poderosas, algunos premios prestigiosos y muchas librerías que se tienen por «culturales», es decir, adaptarse, comprobar dónde está la posible ganancia y ponerse a buscarla de forma tan eficaz como acrítica. Pero los poetas que merecían llamarse así han hecho lo que desde la Antigüedad ha hecho siempre todo poeta: rebelarse, irse a otro lado, sorprender, hacer no sólo lo inesperado sino lo supuestamente inconveniente. Y ésta es la principal constatación y la mayor alegría de este libro: no hay ninguna duda de que la poesía real, incisiva o autoexigente tiene futuro, dado que acabamos de ver cómo los poetas, tras ver dónde están las posibilidades lucrativas o a qué tipo de discursos superficiales presta atención el mundo, han gritado un rotundo y maravilloso «no» y han seguido a lo suyo, es decir, a escarbar de verdad en la vida y en la memoria y en la realidad y en la imaginación para tratar de encontrar y de merecer algo de belleza, algo de misterio, algo de conciencia general que presentar al mundo.

De hecho, hasta se podría pensar que «se han pasado» en ese impulso por diferenciarse, vista la indocilidad gramatical, las propuestas experimentales u ortográficas o la oscuridad y la dificultad de algunas obras. Pero también es comprensible: otra de las ventajas de la poesía es que, al haber pocos lectores atentos a ella, es un territorio propicio para la libertad extrema. Un poeta anónimo, desconocido e inédito puede desmelenarse de un modo que jamás le admitirían en su «casa» editorial a un escritor consagrado. No es sólo que puedan arriesgarse, es que pueden jugar, y cuando hay talento lo cierto es que el mundo (una pequeña parte del mundo, quiero decir) se entera: enseguida vuelvo a esto.

Esa libertad auto-concedida e irrenunciable adquiere muchas formas, pero estas tienen en común la muy particular conciencia del lenguaje, el bagaje de lecturas e influencias (que ha llevado incluso a lo que ya podríamos empezar a llamar «micro-plagios», no exactamente homenajes o citas sino asimilaciones), la subjetividad de la percepción, la no despreocupación de lo que sucede en el mundo (incluso en casos como los de Laura Ramos u Óscar Díaz, que han «fundado» mundos aparte, espacios imaginarios donde su curiosa poesía pueda desarrollarse e imponerse de otros modos) y la apropiación de la intimidad. Esto último ha llevado a la visibilización definitiva de la homosexualidad (tarea social en la que, por cierto, la poesía fue pionera y abanderada, tal vez por la relativa ambigüedad que permitía) o, en general, a la formulación de una nueva poesía amorosa, alejada de clichés pero aferrada a una ternura interminable, así como a la «exhibición» de lutos, traumas, enfermedades, complejos, creencias, frustraciones o sueños.

También se da un nuevo humor, que a menudo es simplemente consecuencia del establecimiento de nuevas verdades, como las que han traído las redes sociales o, por

extensión, todo lo relativo a la tecnología, la cual a su vez ha desarrollado lo que a muchos nos repatea, pero que objetivamente ha de entenderse cabalmente como una nueva cultura, un nuevo modo de abordaje del mundo que también da lugar al amasado de mucha inteligencia, de mucha ilustración, de mucho afán de mejora social, de mucha bondad, de mucha curiosidad ante la vida, de mucho apetito de experiencias... y por tanto, en potencia, de mucha poesía.

En este sentido, creo que el poeta español joven que mejor ha entendido de qué va el siglo XXI es Manuel Mata, a quien nunca le ha temblado la mano a la hora de referirse a los Pokémon en sus poemas, o al barajar a Fidias con los videojuegos en poemas breves o larguísimos, directos o erráticos, que salen a la caza del lector cómplice, de aquel que sepa y quiera participar en ellos. Con lo que muchos no nos habríamos animado ni a empezar, sabedores de que no habría nadie al otro lado, él está empezando a tener un prestigio ya claro y un éxito considerable. La consigna es la de siempre: tú di tu verdad, incluso aunque a ti mismo te parezca un disparate, y, si de verdad era verdad y te preocupaste por decirla lo mejor que podías, habrá quien la reconozca. Es imposible que no suceda así.

De hecho ha sucedido: cuando se publicó *Las hogueras azules*, por ejemplo, muy pronto comenzó a correr la voz. Juan F. Rivero era, me parece, un poeta desconocido, pero se pudo comprobar algo tan reconfortante como que, cuando de verdad pasa algo, cuando se publica un libro distinto y especial, nos enteramos (en su caso un libro misceláneo pero espectacularmente bueno que se remontaba aún más allá en las influencias o se lanzaba a poemas digresivos, acumulativos, muy personales). En menor medida, pero en parte comparable ha sucedido lo mismo con *Anuncio*, de Laura Rodríguez Díaz, con *Cruzamos por el ras de la montaña*,

de María de la Cruz, o incluso con *Que se contradicen*, de Carmen Rotger. Siempre en la proporción que permite la poesía, pero son libros que no podían pasar inadvertidos (como ha sucedido con otros que a mí me parecieron muy sobrevalorados).

Ese nuevo mundo virtual del que hablábamos arriba no ha comprometido ni un poquito el prestigio y la seducción del papel. No hay poeta en el mundo que no quiera ver su libro hecho cuerpo, o que no desee que la edición sea esmerada y pulcra, y, aunque se ha terminado casi del todo la fecunda y preciosa tradición de la *plaque* (Luis Bravo ha publicado dos, quizá por ser el poeta de este libro que, con todas las salvedades, más parte de su corazón y de su imaginario intelectual tiene puesta en los años 80), todavía hay revistas no digitales centradas en la poesía.

Andalucía sigue siendo el indiscutible epicentro de la poesía en España, la gran cantera de motivaciones, pero continúan felizmente activos los focos de Asturias o de Madrid, al que más recientemente se ha añadido el de Murcia, desde donde llegan muchas palabras.

Me hubiera gustado tener espacio en este libro para otras voces como las de Javier Adrada de la Torre, María García Díaz, Paula Escrig (que ha sabido decir en un poema algo tan hermoso y adecuado aquí como que «lo plural es un lugar seguro») y muchas y muchos más. Si no hubieran sido veintisiete sino cincuenta habrían entrado Rocío Simón, y Luis Díaz, y Dafne Benjumea, y María Martín Hernández... Y cuando ya estaba cerrada la selección de nombres aparecieron los primeros libros de Alejandra Arroyo, Marcos Nogales o María Limón, y en octubre debutará en la poesía la narradora Julia Viejo con un libro alucinante... pero, en fin, creo que el sendero cronológico que forma este libro es expresivo, y representativo y suficiente.

Pido disculpas por terminar hablando de mí, pero me importa aclarar que ésta no es solo la primera vez que armo una antología de la poesía española joven, sino que va a ser la última. No voy a ser, no quiero serlo, el antólogo habitual de esta generación, y me temo que de las que vengan no sería el más oportuno, ya que me doy cuenta sin el menor pesar de que cada vez, como ha de ser, los entiendo menos. Seguiré muy atento a todo lo que hagan todos los aquí reunidos (y casi todos los que no), y con un poco de suerte llegaré a leer a poetas que todavía no han nacido, pero escuchar durante un rato las conversaciones que mis hijos tienen con sus amigos me hace comprender que hay que ser humilde y entregarse a aquel lema tan esencial para un crítico: si no lo entiendes, no lo juzgues.

*En la plaza de Legazpi de Madrid,
primavera y verano de 2025*